

BELLO Y LA ILUSTRACIÓN INGLESA

Anthony Cussen

Andrés Bello fue el editor de las dos publicaciones probablemente más importantes que aparecieron justo después de la independencia de Hispanoamérica: *La Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826-1827). Estas publicaciones, editadas en Londres, donde Bello vivió entre 1810 y 1829, contienen muchas obras de autores hispanoamericanos y liberales españoles exiliados en Londres después de 1822. También incluyen numerosos artículos y poemas escritos por el mismo Bello, los que han sido considerados como el punto de partida de la independencia cultural de Hispanoamérica.

El *americanismo* de Bello no buscaba un claro rompimiento de Hispanoamérica con su pasado colonial, sino que más bien salvar aquellos elementos de civilización europea que podrían ayudar a las nuevas naciones en el descubrimiento de una nueva identidad. Específicamente, Bello veía en la Ilustración, y sobre todo en la Ilustración inglesa, las herramientas claves que podrían contribuir a una definición de Hispanoamérica. Podemos obtener una buena aproximación de la imagen que Bello tenía del mundo, primero, haciendo un análisis de los principales hechos de su vida antes de llegar a Chile en 1829 y luego, anotando las ideas de la Ilustración inglesa que influyeron en su pensamiento: el empirismo, la tolerancia y la pluralidad.

ANTHONY CUSSEN. Ph. D. (c). Literatura comparada, Universidad de California, Berkeley.

I. Antecedentes Biográficos

Andrés Bello nació en Caracas, Venezuela, el año 1781, en una familia con escasos recursos económicos, pero de alto nivel cultural. Su padre, Bartolomé Bello, era abogado y compositor de música sacra; su madre, Ana López, era hija de Juan Pedro

López, un importante pintor de la época colonial. El primer maestro que tuvo Bello fue un fraile mercedario, Cristóbal de Quesada, quien entregó a su estudiante un sólido conocimiento del latín y la literatura clásica. Con el padre Quesada, Bello estudió también la lengua española, concentrándose en los autores del siglo de oro español, específicamente en Cervantes y Calderón. Tal como Amunátegui lo señala: “Bello estudió así el castellano y el latín en los clásicos de uno y otro idioma”¹.

Con la ayuda de otro maestro, Rafael Escalona, Bello estudió el desarrollo de la filosofía empírica del siglo XVIII, la geometría analítica y la física. Durante sus años de estudio, la metafísica y la escolástica rígida que habían prevalecido durante la época colonial estaban siendo reemplazadas por el conocimiento aplicado y los límites del saber establecidos por Locke. Al leer *The Essay Concerning Human Understanding* en el original, Bello confirmó que el conocimiento se debe alcanzar mediante el estudio de orígenes perceptibles, en los cuales la mente humana puede apoyarse sólidamente. Las categorías *a priori* fueron, así, reemplazadas por la atención al detalle concreto y la dependencia de la sensación. Sin embargo, a pesar de la presencia de las corrientes intelectuales de la Ilustración en Caracas a fines del siglo XVIII, hombres como Bello aún se sentían fuertemente atraídos por la fuerza de la tradición basada en la estructura de la monarquía y el catolicismo.

En noviembre de 1802, Manuel de Guevara Vasconcelos —Capitán General de Venezuela— nombró a Bello Oficial Segundo de la Gobernación. Este fue el principio de una brillante carrera en la burocracia colonial, especialmente si se considera que Bello era un criollo. Sus actividades incluían la redacción de documentos oficiales, la traducción de artículos y ensayos en inglés y francés, además, de innumerables tareas administrativas relacionadas con asuntos tanto internos como externos. Vasconcelos estaba tan complacido con la labor de Bello, que en 1807 le hizo otorgar el título de Comisario de Guerra. Después de la muerte de Vasconcelos, Bello continuó desempeñando un importante papel en la Capitanía: fue nombrado

¹ Miguel Luis Amunátegui, *Vida de don Andrés Bello*, Santiago, de Chile, 1882, p. 12.

Secretario de la Junta Oficial de la Vacuna y escribió la “Oda a la vacuna” en alabanza a la expedición de Balmes para curar la viruela en Venezuela. La “Oda” es un interesante documento sobre el pensamiento de Bello en esa época. En ella podemos observar que aún en 1808 sus inclinaciones políticas e intelectuales estaban más de acuerdo con un tipo de monarquía ilustrada que había sido posible en España y, en cierta medida, en las colonias americanas después del reinado de Carlos III.

La capitulación de los Borbones, en Bayona, en 1808, y la penetración resultante de Napoleón en España, marcaron el principio de la caída del poder español sobre Hispanoamérica. Aunque el proceso de independencia de las colonias contempló muchas variaciones, Venezuela tenía en común con algunas de ellas el deseo de oponerse no al orden colonial en sí sino al orden ilegítimo impuesto por Napoleón. Muchos americanos argüían que las colonias debían lealtad a la corona de España, y no a España, y sostenían que en ausencia del monarca español, las colonias tenían que cortar los lazos económicos, administrativos y políticos con España. Sinceros o no, estos argumentos sirvieron de plataforma política para la independencia de América. Esta plataforma unió a hombres como Bolívar, quien perseguía activamente una separación total e inflexible de España, y Bello, cuyas ideas eran más moderadas. Tanto las actividades de Bello para la corona española como sus cartas escritas entre 1812 y 1822 revelan sus reservas con respecto a la independencia de España. Probablemente, Bello interpretó los acontecimientos de 1810 como una consecuencia natural de la caída de Fernando VII, que podría llevar a una mayor emancipación de las colonias españolas, y estaba dispuesto a ayudar a los hombres que habían tomado el poder el 19 de abril de 1810 para formar la “Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII”. En junio, Bello partió a Londres junto con Bolívar y López Méndez con el propósito de solicitar el apoyo de Gran Bretaña. En Londres, los tres venezolanos se alojaron en la casa de Miranda. En la biblioteca de su compatriota, Bello pasaba sus ratos libres estudiando griego. A través de Miranda, conoció a James Mill y Jeremy Bentham, quienes estaban seriamente interesados en el futuro de Hispanoamérica. Más tarde, Bello nombraría a Bentham en sus obras filosóficas y, sin duda, el Utilitarismo constituye una vena importante en su pensamiento. Sin embargo, a menudo resulta difícil determinar hasta qué punto el énfasis moral en las obras de Bello y la insistencia en el conocimiento aplicado y “útil”, se deben a una influencia directa del Utilitarismo, o más bien a la relación de Bello con la Ilustración.

Bolívar, quien pronto advirtió que su presencia era más valiosa en Caracas donde el movimiento de independencia se radicalizaba cada vez

más, decidió volver a Venezuela en septiembre de 1810; en octubre lo siguió Miranda. El Consejo de Regencia de España, se oponía a todas las juntas y se preparaba para recuperar el poder en Hispanoamérica. En 1812 cayó la República de Venezuela, cuya absoluta independencia de España había sido proclamada el año anterior. En Londres, Bello y López Méndez fueron dejados sin recursos y al borde de la miseria. La destitución personal de Bello, la caída de la primera República, la destrucción de Caracas y el ímpetu general de la causa de la reconquista española constituyeron, probablemente, las principales causas que lo llevaron a escribir, en junio de 1813, una carta a la Regencia de España pidiendo amnistía. Esta carta presenta en síntesis la participación de Bello en la revolución de 1810:

“El suplicante no tuvo parte alguna en los movimientos y tramas que precedieron a la revolución; ninguna inteligencia con los promovedores de la Primera Junta; ningún desliz, ni aún leve, mientras subsistió en Caracas el gobierno legítimo.

Las circunstancias en que se estableció en Caracas la segunda junta (en abril de 1810) eran tales que pidieron fácilmente la opinión de los más fieles. El triste estado en que se hallaba la Metrópoli; el sistema de moderación que parecía distinguir las primeras providencias de la junta revolucionaria y declarada adhesión al soberano legítimo de España, si no prestan bastante razón para purificar de toda culpa la conducta de los que continuaron en sus empleos y admitieron nuevos, la prestan a lo menos para considerarla en gran parte como producida por un error del entendimiento”².

Junto a los servicios prestados por Bello a la corona de España, esta carta demuestra claramente las reservas de Bello en 1813, en relación a la causa de la independencia. Bello había justificado la revolución de 1810, pero es dudoso que en ese momento hubiese querido aceptar algo más que la proclamación oficial de la junta: la defensa de los derechos de la corona española, y la búsqueda de una mayor libertad de comercio.

La petición de Bello a la Regencia fue rechazada y es muy probable que este hecho, junto con la violenta represalia de la reconquista española, encendiera su americanismo. Sin embargo, pasarían muchos años antes de que él considerara a Hispanoamérica como una entidad aparte y no como una extensión de España y Europa. Los años transcurridos entre 1813 y 1823, fecha en que apareció su primera publicación americanista, marcan la gestación de la tentativa de Bello de coordinar la herencia de Europa y el

² Esta carta fue publicada por primera vez por Mario Briceño Iragorry en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 122 (1953), págs. 65-66.

vigor del nuevo mundo. Durante estos años, Bello tuvo que realizar diversas actividades a fin de asegurarse una fuente de ingreso: descifró los manuscritos de Bentham a petición de James Mill, enseñó español, revisó dos traducciones modernas de la Vulgata al español. Además de esto, ocupó su tiempo en el Museo Británico donde estudiaba literatura medieval. Le interesaba especialmente la tradición épica española y el origen de la rima. A pesar de sus numerosas actividades, Bello no contaba con una fuente de ingresos estable, situación que se agravó aún más después de su matrimonio en 1814 con la ciudadana inglesa, Mary Ann Boyland (1794-1821).

En 1815, Bello intentó regresar a Hispanoamérica en dos oportunidades. En una ocasión, los realistas interceptaron la carta de postulación a un cargo en Colombia. También estableció contactos para ir a la Argentina, pero en el momento de recibir la oferta su situación económica había mejorado y decidió quedarse en Londres. Aunque Bello siempre estuvo en estrecho contacto con la colonia hispanoamericana en Londres, sus relaciones con el nuevo mundo adquirieron mayor importancia después de 1817. Ya en ese año muchos países habían vuelto a independizarse. Extraoficialmente, ayudó al embajador de Chile, José Antonio de Irisarri en dos misiones por lo menos. La primera consistió en informar a Irisarri sobre el sistema educativo de Lancaster, en ese tiempo muy popular en Hispanoamérica, ya que daba mayor responsabilidad al niño en el proceso de educación y hacía hincapié en la libertad de pensamiento. El sistema también permitía una rápida expansión del alfabetismo, pues contemplaba la posibilidad de que los niños que aprendían se convirtieran ellos mismos en profesores (una idea que se encontró con el escepticismo de Bello).

La otra misión importante estuvo relacionada con el deseo de Irisarri de determinar la posibilidad de establecer una monarquía en Hispanoamérica: en una carta a Blanco White con fecha 25 de abril, 1820, Bello consulta a su amigo acerca de la forma adecuada de establecer una monarquía en Hispanoamérica con un príncipe europeo³.

Existe otro documento sobre las ideas monárquicas de Bello en esa época. Se trata de una carta a Servando Teresa de Mier, con fecha 15 de noviembre, 1821, donde escribe: "La monarquía (limitada por supuesto) es el Gobierno único que nos conviene; y (.....) miro como particularmente desgraciados aquellos países que por sus circunstancias no permiten pensar

³ Esta carta fue publicada por primera vez en el *Bulletin of Spanish Studies* (1943) y ha sido estudiada por Ricardo Donoso en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 140 (1972); sobre las ideas monárquicas de Bello consúltese Alamiro de Ávila Martel, *Andrés Bello y la primera biografía de O'Higgins*, Santiago, 1978.

en esta especie de Gobierno”⁴. Feliú Cruz ha señalado que Bello estaba lejos de ser el único hispanoamericano que tenía preferencias monárquicas: Rivadavia, García del Río, San Martín e incluso Bolívar habían considerado, en grados diferentes, los principios monárquicos como la alternativa a los conflictos civiles desatados por el republicanismo.

En 1822, Bello fue nombrado Secretario de la Embajada de Chile en Londres. Ayudó a Irisarri en la obtención de un préstamo por un millón de libras que iba a producir gran alboroto en Chile y, algunos dicen, la caída de O’Higgins en 1823. El nuevo enviado de Chile en Inglaterra, Mariano Egaña, acusó a Irisarri de haberse beneficiado personalmente con un préstamo que Chile tendría dificultades para devolver. A pesar de que Egaña sospechó en un principio que Bello también había tenido participación en la operación, más tarde reconoció su falta de culpabilidad y ayudó para que el gobierno de Chile lo contratara en 1829.

Mientras Bello trabajaba en la Embajada de Chile lanzó, con la colaboración de Juan García del Río, *La Biblioteca Americana*, una revista que tenía por objetivo coordinar el progreso europeo y el conocimiento específico de Hispanoamérica a fin de crear libertad cultural y política. Aunque sólo apareció un volumen de *La Biblioteca*, Bello y García del Río editaron una revista similar en 1826, *El Repertorio Americano*. Los objetivos de ambas revistas eran básicamente los mismos, pero *El Repertorio* hacía mayor hincapié en la necesidad de orden, conocimiento aplicado, y control de las instituciones, lo que evitaría el fracaso de las nuevas naciones. La forma de gobierno implícita en ambos periódicos era la republicana, a pesar de que Bello tenía poco que ver con los artículos políticos y era responsable de los ensayos científicos y culturales. Si se consideran las ideas monárquicas profesadas por Bello, resulta difícil determinar el momento en que se volvió más tolerante del republicanismo. Es muy probable que después de 1820, al dar algunas repúblicas ciertos indicios de consolidación de sus instituciones, Bello aceptara de mejor gana la posibilidad de esta forma de gobierno para Hispanoamérica.

Desde 1824 hasta 1829, Bello trabajó en la Embajada de Colombia. Durante estos años, se vio afligido porque estuvo constantemente en cargos subordinados y recibió su sueldo en forma esporádica. En numerosas oportunidades escribió a Bolívar pidiendo ayuda, ya que tenía no poder subsistir en Inglaterra. Finalmente, Bello iba a ser enviado a una misión en Francia donde esperaba su nombramiento como Embajador en Portugal;

⁴ Cfr. Guillermo Feliú Cruz, “Bello, Irisarri y Egaña en Londres”, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 58 (1927), p. 223.

sin embargo, cuando llegó el dinero, Bello ya había decidido venir a Chile donde se le había ofrecido el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores. Esta no fue una decisión fácil para Bello, ya que él quería trabajar para Colombia, pero las urgentes necesidades económicas y el deseo de establecerse con su familia en Hispanoamérica lo hicieron tomar, en febrero de 1829, el barco *Grecian* que lo traería a Chile. Aquí, llegaría a ser el pilar intelectual de una de las repúblicas más estables del siglo XIX en Hispanoamérica. Se podría sostener que la república conservadora de Chile, que duró hasta 1860, con su énfasis en un fuerte poder ejecutivo, se ajustaba al concepto de monarquía de Bello. Pero habría que agregar que sus actividades en Chile —la dirección de *El Araucano*, la fundación de la Universidad de Chile, la redacción del Código Civil— más que insistir en un poder centralizado, constituyeron límites al poder, estímulos para el debate y las diferencias de opinión.

La vida de Bello, sus gustos y afinidades políticas representan la transición del sistema colonial a la independencia. La evolución gradual de su pensamiento, desde los valores universales europeos hasta el descubrimiento de las particularidades de Hispanoamérica, desde la monarquía al republicanismo, refleja el curso de los acontecimientos en la búsqueda de la independencia.

Podemos comprobar que la flexibilidad del pensamiento de Bello proviene de su temprano contacto con la Ilustración. Su conocimiento de las nociones fundamentales de pluralidad y tolerancia, especialmente recaladas por los pensadores ingleses, le permitió contrapesar los cambios de poder que caracterizaron los años posteriores a la independencia hispanoamericana. El conocimiento de las características fundamentales de la Ilustración inglesa —el rechazo de las utopías y las categorías *a priori*, y la determinación de aceptar la realidad empírica— lo hizo adaptar sus ideas a los cambiantes modelos que surgieron después de 1810. Tal como Mariano Picón-Salas ha señalado: “Frente a los grandes sistemas y la abstracta lógica revolucionaria con que los franceses de entonces quisieron cambiar radicalmente el mundo, los ingleses —siempre temerosos de los grandes sistemas generales— prefieren abordar cuidadosamente la individualizada realidad. A la razón totalizadora, una e indivisible —como la república jacobina— de los franceses, ellos oponen su asocianismo empírico, semejante al que la corona mantenía con el Parlamento desde la caída de los Estuardo”⁵.

⁵ Mariano Picón-Salas, Prólogo de *Obras completas de Andrés Bello*, XIX, *Temas de historia y geografía*, Caracas, 1957, págs. XXXVI-XXXVII.

II. La Ilustración inglesa en el pensamiento de Bello

1. El Proceso de Descentralización

La Ilustración constituyó una confrontación con los tradicionales centros de unificación alrededor de los cuales se había desarrollado el pensamiento europeo. Hacia fines del siglo XVII, la noción de unidad o centro —expresada en los principios innatos, Europa, la Corona, la Iglesia, el oro del Mercantilismo— empezó a ser reemplazada por la noción de pluralidad. El hombre ya no podía negar la gran diversidad existente en todas partes, lo que Hume llamaría más tarde “la variedad de la humanidad”, y su obligación consistía entonces en idear un sistema que explicara esta diversidad y aún mantuviera coherencia. La tarea de la Ilustración en todos los campos de la investigación —la física, la filosofía, la política, la religión y la economía—, consistía en demostrar que la coherencia no dependía de la presencia tangible de un centro de control sino que debía descubrirse, en cambio, en la interacción de las entidades individuales que configuran un sistema.

Después de los años de la independencia (1810-1820), muchos hispanoamericanos encontraron en Londres y en la Ilustración Inglesa el ejemplo más perfecto de un país que había logrado desafiar las fuerzas centralizadoras que habían prevalecido durante el siglo XVII y XVIII. En Inglaterra, vieron el interés por América como una tierra independiente de Europa, y reconocieron su deseo de eliminar el prejuicio de superioridad europea. El empirismo inglés proporcionó a los hispanoamericanos las herramientas para descubrir e interpretar su tierra permitiéndoles, así, establecer sus diferencias. Inglaterra también había limitado exitosamente el poder del monarca y demostrado que una monarquía constitucional descentraliza el poder sin abolir la autoridad. Finalmente, el aumento en el comercio, fomentado por el mecanismo del mercado descrito por Adam Smith, dejó en claro que la riqueza no era equivalente al oro, y que la interacción de innumerables agentes independientes dentro de Gran Bretaña y a través del mundo aumentaría la producción y destruiría el poder monopólico de los gobiernos.

En el “Prospecto” del *Repertorio Americano* (1826), Andrés Bello y Juan García del Río recalcaron la condición privilegiada de Gran Bretaña en los años posteriores a la independencia:

En el estado presente de América y Europa, Londres es acaso el lugar más adecuado para la publicación de esta obra periódica. Sus relaciones comerciales con los pueblos transatlánticos le hacen en cierto modo el

centro de todos ellos y los auxilios que la circulación industrial suministra a la circulación literaria son demasiado obvios para que sea necesario enumerarlos. Pero Londres no es solamente la metrópolis del comercio: en ninguna parte del globo son tan activas como en la Gran Bretaña las causas que vivifican y fecundan el espíritu humano; en ninguna parte es más audaz la investigación, más libre el vuelo del ingenio, más profundas las especulaciones científicas, más animosas las tentativas de las artes. Rica en sí misma, reúne las riquezas de sus vecinos, y si en algún ramo de las ciencias naturales les cede la palma de la invención o la perfección, hace a todos ellos incomparable ventaja en el cultivo de los conocimientos más esencialmente útiles al hombre, y que más importa propagar en América⁶.

La importancia de Gran Bretaña para Hispanoamérica tiene que ver con las circunstancias políticas —la larga aversión de Gran Bretaña hacia España y la fuerte oposición a Napoleón— como también con toda la tradición filosófica, política y económica que había surgido en Inglaterra durante el siglo XVIII. En esta sección quiero analizar el contacto que tuvo Andrés Bello con las ideas británicas antes de su llegada a Chile en 1829. Se puede demostrar que la esencia de su pensamiento y sus métodos ya se habían definido alrededor de 1800, cuando aún estaba en Caracas, y que se vieron fortalecidos durante su estadía en Londres.

2. La pluralidad de los mundos

Los descubrimientos científicos desde Copérnico hasta Newton establecieron que la tierra no tenía una posición central privilegiada en el Universo. En 1687, Newton publicó su obra *Principia Mathematica* en la que demostró que *todos* los cuerpos celestes son centros en la medida que atraen a otros cuerpos; con la ley de la gravitación universal la misma noción de centro como se aplicaba al Universo perdió su significado. Prácticamente en la misma época en que Newton publicó sus descubrimientos en Europa ya se había puesto de moda hablar acerca de la pluralidad de los mundos. Los científicos y los filósofos especulaban acerca de la posibilidad de mundos alternativos habitados por seres racionales. La siguiente pregunta se volvió cada vez más insistente: ¿Por qué razón habría Dios creado todo el Universo en beneficio de un solo planeta? Esta opinión fue popularizada por Fontenelle en la obra *Entretiens sur la pluralité des mondes* (Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos) (1686). Durante la

⁶ Andrés Bello y Juan García del Río, "Prospecto", *El Repertorio Americano*, I, Londres, 1826, págs. 1-2.

tercera noche en que el autor, mirando las estrellas, describe a su alumna, la Marquesa, el sistema planetario, éste pregunta en forma retórica: “¿Cree-rías que (la Naturaleza) después de haber llevado aquí su fecundidad hasta el exceso haya tenido para todos los demás planetas una esterilidad tal que no haya producido nada viviente?”⁷.

Mientras los descubrimientos científicos revelaron que la Tierra era simplemente parte de uno de los muchos sistemas planetarios del Universo, la cantidad de viajes cada vez mayor a Asia y América durante el siglo XVII hizo ver a los europeos las diversas culturas y creencias del mundo, y tomar conciencia de que Europa no tenía una ventaja necesaria sobre, digamos, China o México. Los numerosos argumentos que habían surgido después del descubrimiento de América con respecto a la inferioridad de los nativos fueron vencidos con fundamentos empíricos y filosóficos.

En Francia y especialmente en Gran Bretaña, el mayor conocimiento de las lenguas orientales trajo a primer plano los valores de Oriente, y Simon Ockley, profesor de lengua árabe en Cambridge, pudo afirmar en 1708: “Hasta donde concierne el temor de Dios, el control de los apetitos, la prudencia y la sobriedad en la conducta de vida, la decencia y la moderación en todas las circunstancias, con respecto a todas estas cosas (y, después de todo, éstas no se quedan cortas en importancia) declaro que si Occidente ha agregado una simple *iota* a la acumulada sabiduría de Oriente, mis poderes de percepción han estado extrañamente adormecidos...”⁸.

El hecho de que los intelectuales líderes de Europa reconocieran que en el mundo existían regiones alternativas, las que superaban en algunas formas al Viejo Mundo, pasaría a ser un factor crucial en el movimiento de la independencia en Hispanoamérica. Proporcionó la base para la relación entre Miranda y James Mill, Bentham y los utilitaristas: conocemos por la relación entre Mill y Bello el profundo interés de los utilitaristas en la causa de la independencia, en gran parte debido a que una Hispanoamérica libre estaría exenta de los obstáculos legales que impedían la aplicación de las reformas de Bentham en Gran Bretaña. La asociación que se hacía entre América en general y la juventud y el vigor se fortaleció después de la era napoleónica y la desilusión que provocó la Restauración y la Santa Alianza a los liberales europeos⁹. Este sería el tema que Bello pondría de introducción en su primera *Silva Americana* y constituiría el punto de partida de su *americanismo*.

⁷ Bernard Le Bouvier de Fontenelle, *Conversaciones sobre la pluralidad de los mundos*, Trad. de Luis Gutiérrez de Arroyo, Madrid, 1921, p. 83.

⁸ Citado por Paul Hazard, *The European Mind 1680-1715*, Nueva York, 1971.

⁹ Véase Vicente Llorens, *Liberales y Románticos: una emigración española en Inglaterra* (1823-1834), 2a. ed., Madrid, 1968.

3. La percepción de la pluralidad

La unidad había sido el ideal más apreciado del siglo XVII. Tal como Ernst Cassirer señala: “El siglo XVII debía su solidaridad interna, especialmente tal como lo ilustra la cultura clásica francesa, a la consistencia y rigor con que se mantenía fiel a este postulado de unidad y extendía su aplicación a todas las esferas del conocimiento y la vida. Este postulado prevaleció no sólo en la ciencia, sino que también en la religión, la política y la literatura. ‘Un rey, una ley, una fe’, tal era el lema de la época”¹⁰.

Esta unidad se basaba en la fuerza centralizadora del escolasticismo tardío y la metafísica cartesiana, que derivaba toda la creación de la primera causa, Dios. La metafísica, a partir de la divinidad, intentaba establecer aquellos principios desde los cuales se podía derivar todo el universo creado.

Fue sólo en 1687, cuando Locke publicó el *Ensayo sobre el Entendimiento Humano*, que una nueva visión del mundo y una nueva lógica abrieron el camino a la Ilustración. Locke decía que todo lo que el hombre sabe, lo sabe a través de la percepción sensorial y la reflexión. Dado que el conocimiento humano tiene límites empíricos el hombre no debería aspirar a establecer dogmas que estén fuera de su alcance, sino que debería concentrarse en descubrir, con el poder de sus sentidos, el mundo que lo rodea. Locke expresa su epistemología en un pasaje que lleva la marca de su genio metafórico:

“Es de gran utilidad para un marinero conocer el largo de su lienza, a pesar de que con ella no puede sondear todas las profundidades del océano. Es conveniente que sepa que es lo suficientemente larga para llegar al fondo en aquellos lugares según sea necesario para dirigir su viaje, y prevenirlo de los bancos de arena que pueden arruinarlo. Nuestra labor aquí no consiste en saber todas las cosas, sino aquellas que conciernen a nuestra conducta. Si podemos descubrir aquellas medidas por medio de las cuales un ser racional, en el estado en que el hombre se encuentra en el mundo, puede y debe dirigir sus opiniones y acciones dependiendo de ellas, no debemos preocuparnos de que algunas otras cosas escapen de nuestro conocimiento”¹¹.

Al dejar de lado las ideas innatas y postular el empirismo como la base del conocimiento, Locke estaba afirmando que el hombre es más libre y, al mismo tiempo, más poderoso que antes, ya que puede dedicar sus

¹⁰ Ernst Cassirer, *The Philosophy of the Enlightenment*, Princeton, 1951, p. 23.

¹¹ John Locke, *Essay Concerning Human Understanding*, en *The English Philosophers from Bacon to Mill*, Nueva York, 1939, p. 246.

poderes mentales y sensoriales para llegar a los múltiples hechos que se encuentran a su alcance. Pero, al mismo tiempo, su campo de acción es más limitado que el de sus antepasados, quienes pensaban que podían explorar la totalidad del Universo, visible e invisible. Locke predecía así la gran paradoja del siglo XVIII: un gran optimismo epistemológico puede derivarse de los mismos límites del conocimiento¹².

Al dar el pensamiento de Locke una nueva legitimidad al mundo de los hechos, tanto la filosofía como las ciencias naturales pudieron concentrarse en la gran multiplicidad del pensamiento humano y de la naturaleza. El *Ensayo* de Locke proporcionó a los pensadores del siglo XVIII el fundamento para el conocimiento empírico, pero también el optimismo de que la realidad puede ser útil y que puede ser cambiada en beneficio del hombre.

Sería difícil medir el impacto que tuvo Locke durante el siglo XVIII y especialmente en el pensamiento latinoamericano. Es evidente que el *Ensayo* fue leído durante el período colonial, y Amunátegui nos dice que Bello aprendió inglés con este texto¹³. Pero, tal vez, más importante fue el impacto indirecto de Locke: hombres como D'Alembert, Condillac, Reid, Dugald Stewart, y Bentham —quienes tuvieron un gran impacto en el pensamiento de Bello y de los demás líderes intelectuales de Hispanoamérica— se empaparon en la tradición de Locke. Directa o indirectamente, Locke proporcionó un marco epistemológico a hombres como Bello, quienes obtuvieron de él el razonamiento inductivo, el empirismo, el sentido de los límites, la búsqueda de los orígenes en que se puede confiar, y la capacidad de diferenciar y categorizar.

Si Locke definió el espacio epistemológico de la Ilustración, Newton proporcionó un método de conocimiento que se difundió de la física a todos los demás campos. El amigo de Newton, Cotes, quien escribió el prólogo de la primera edición inglesa de la obra *Principia*, explica este método: “(Los filósofos empíricos, como Newton) derivan las causas de todas las cosas de los principios más simples posibles, pero luego no aceptan nada como un principio a menos que no sea demostrado por los

¹² En relación con el concepto de optimismo epistemológico, véase Karl Popper, “Las influencias de las ideas filosóficas en la historia de Europa” en *Economía y Ciencia, Estudios Públicos* N° 2, Santiago, 1981.

¹³ “La afición que, desde muy joven, tuvo (Bello) al estudio de la filosofía, le hizo escoger por primer texto de traducción inglesa el *Ensayo sobre el entendimiento humano* de Locke; y esa misma afición, estimulando en él la curiosidad de conocer hasta el fin la serie de raciocinios del célebre pensador, le sostuvo para ir superando las dificultades de la versión”, en Amunátegui, op. cit., p. 32.

fenómenos. No formulan hipótesis, ni tampoco las reciben en la filosofía de otro modo que como interrogantes cuyas verdades se pueden discutir. Por lo tanto, proceden con un método de dos aspectos, sintético y analítico. De algunos fenómenos seleccionados, deducen mediante análisis las fuerzas de la naturaleza y las leyes más simples de las fuerzas; y de allí mediante síntesis demuestran la constitución del resto”.

Después de Newton y Locke, la mirada humana se concentró en los fenómenos, y no sólo se admiró ante la diversidad de las cosas, sino que también ante la diversidad de estados por los cuales pasaba cada cosa. Cuando ya no bastó con decir que Dios era la causa eficiente de los fenómenos y el principal motor de todos los cuerpos, el hombre tuvo que analizar el proceso de cambio e intentar medirlo. Fue necesaria una nueva herramienta y nuevamente Newton la proporcionó; ésta fue el cálculo. El extraordinario impacto del cálculo lo explica la importancia que dieron la ilustración y la ciencia moderna a la percepción de los fenómenos como parte de un continuo. Cerca del término del siglo XVII, se volvió imperativo concentrarse en el fluido de las cosas, no en su quietud abstracta.

El descubrimiento del cálculo tuvo dos importantes consecuencias: En primer lugar, es posible percibir y medir el cambio con la existencia de al menos dos coordenadas; esto significa que sólo se puede percibir y medir el cambio de A como una función de un cambio de B. De este modo, los fenómenos ya no pueden estar aislados; la percepción de la continuidad enfatiza la interdependencia de los acontecimientos. En segundo lugar, para medir el cambio, es necesario concentrarse en el desplazamiento marginal del cuerpo o en la unidad incremental de una cantidad. Nuestra percepción ya no presta atención a la cosa, a una substancia, sino que al punto infinitamente pequeño en que una cosa deja de estar en un estado y empieza a estar en otro. De este modo, el cálculo es la herramienta más esencial y también la expresión máxima del pensamiento de la Ilustración. Sintetiza la apreciación en cuanto a la diversidad de los fenómenos, la interdependencia de los acontecimientos y el reconocimiento de que un sistema que considera el cambio tiene que dejar de lado la noción de centro y fijarse en vez en los cambios marginales de los cuerpos y cantidades.

La física y el cálculo de Newton tardaron algún tiempo en difundirse en Hispanoamérica, pero aproximadamente a fines del siglo XVIII la “filosofía empírica” —tal como era llamada entonces— amenazaba con eliminar el aún vigente escolasticismo. Bello fue especialmente afortunado en tener tres años de instrucción en cálculo, geometría analítica y física newtoniana y durante su vida desarrolló un gran interés en la ciencia. Tanto en *La Biblioteca Americana* como en *El Repertorio Americano* escribió

varios artículos que abarcaron desde la flora americana hasta los nuevos descubrimientos en física. Y en los apuntes donde escribió sus investigaciones en cuanto a los orígenes de la rima y la épica, podemos observar varias operaciones de cálculo. Sin duda, Bello no hizo ningún descubrimiento importante en el conocimiento científico: los artículos publicados en Londres como también su *Cosmografía* son obras de carácter más bien pedagógico que exploratorio. Pero el interés por la naturaleza, la combinación de análisis y síntesis en todos los campos que investigó, desde la filología hasta la botánica y, tal vez lo más importante de todo, la importancia que tuvieron los conceptos de cambio, continuidad y pluralidad en su ideología, demuestran que los descubrimientos y métodos de Newton dejaron una profunda huella en Bello.

4. Instituciones pluralistas: El Estado y el Mercado

Frente al poder uniforme de la autoridad, mejor ilustrado en las obras de Bossuet y en sus argumentos en pro del derecho divino de los reyes, los británicos postularon los principios de la autoridad controlada. Con la revolución de 1688 y la introducción de la Declaración de Derechos, el poder ya no estaría encarnado en la persona del monarca sino que, en lugar de eso, estaría compartido por el monarca y el Parlamento. Desde luego, Gran Bretaña tradicionalmente había buscado en el Parlamento un antídoto o un contrapeso para el poder del monarca, pero la monarquía limitada sólo fue posible —con la Declaración de Derechos— como un resultado de las amenazas absolutistas que se habían generalizado durante todo el reinado de los Estuardo.

Locke, con su *Second Treatise on Government* (*Segundo Tratado sobre el Gobierno*) (1690), proporcionó una vez más los elementos básicos que prevalecerían durante la Ilustración y que aún continúan esencialmente inalterados en Inglaterra. El éxito y la duración de la monarquía constitucional se basa en el hecho de que el poder ya no se identifica con una persona o una dinastía; ahora el poder está despersonificado, descentralizado. Si bien durante el siglo XIX el monarca británico poseía considerable poder, no se le identificaba con el poder, sino que debía obedecer un pacto. Este pacto, aunque basado en la experiencia, es un convencionalismo, una abstracción legal que asegura que los caprichos y pasiones particulares de la gente o del monarca serán controlados por una legislación que constituye un mecanismo autorregulador. La superioridad otorgada por Locke al cuer-

po legislativo y su poder regulador fue reiterada por Pablo Mendíbil, uno de los colaboradores de Bello en *El Repertorio Americano* ¹⁴.

Para que el poder del cuerpo legislativo tuviera éxito era necesario un elemento que asegurara la coexistencia de diversos intereses; este elemento era la tolerancia. La Declaración de Derechos fue seguida por el Acta de Tolerancia (1689), la cual, si bien estaba principalmente orientada a permitir la existencia pacífica de los diferentes grupos protestantes, tuvo profundos efectos políticos en una época en que los principales asuntos políticos estaban ligados a la religión. Llevando el sello del pensamiento de Locke que había publicado en forma anónima en el año 1689 la *Primera Carta sobre la Tolerancia*, el Acta de Tolerancia repite los límites epistemológicos del Ensayo: si un hombre no puede conocer con seguridad los detalles de la metafísica, ¿cómo puede una secta cristiana condenar a otra basándose en fundamentos que no están respaldados por la Revelación? Al monarca ya no se le concede poder divino, y la incertidumbre acerca del carácter específico de Dios obliga al monarca a aceptar dos credos cristianos. Los efectos que tuvo el Acta de Tolerancia en la composición del estado moderno son incalculables: estableció el fundamento para la diferencia de opiniones, la posibilidad de aceptar intereses divergentes y la pluralidad del poder.

Si bien a principios de la Ilustración la política estaba ligada a la religión, hacia fines del siglo XVIII cada vez se le otorgó más importancia a la relación entre la política y la economía. La economía había sido un tema de discusión durante toda la Ilustración y, en gran medida, tanto la teoría como la práctica estaban basadas en el mercantilismo. Según este punto de vista, la riqueza de una nación era igual a la cantidad de lingotes de oro y plata que poseía; luego era necesario que una nación acumulara la mayor cantidad posible de metales preciosos en barras lo que implicaba controlar su salida como resultado del comercio. Debido a que la riqueza de una nación era tan sensible a la entrada y salida de lingotes de oro y plata, se consideraba que el comercio debía ser controlado por el Estado, el que creaba monopolios tales como la East India. Trade en Inglaterra y la Compañía Guipuzcoana en España. Estos monopolios determinaban las clases y condiciones de comercio que podían existir entre la metrópoli y las colonias.

Ante el celo de la Ilustración por la pluralidad, la teoría que centralizaba la riqueza en el oro y proponía la existencia de monopolios del Estado

¹⁴ Pablo Mendíbil, De la administración de la justicia criminal en Inglaterra, y espíritu del sistema gubernativo inglés: obra escrita en francés por M. Cottu, en *El Repertorio Americano*, III, Londres, 1827. Ver *Estudios Públicos* N° 8, p. 123 y ss.

para controlar el comercio no permaneció incólume. Durante el siglo XVIII surgieron argumentos contra los controles artificiales del comercio, pero sólo cuando Adam Smith publicó *La Riqueza de las Naciones* (1776) fue completamente destruido el argumento mercantilista de la riqueza centralizada. El razonamiento básico de Smith es muy conocido: Las acciones realizadas por todos los individuos al tratar de satisfacer sus propias necesidades dan origen al bienestar general de la sociedad. De este modo, la riqueza no está centralizada en el oro, sino que se percibe mejor como el flujo de bienes y servicios resultante de las interacciones y transacciones de todos los miembros de la sociedad humana. El “lugar” donde se realizan estas transacciones es el mercado internacional, el que según Smith es un concepto abstracto —“la mano invisible”— que regula la eficiencia del sistema. El poder del mercado precisamente reside en su naturaleza abstracta; asegura que con una intervención gubernamental mínima y sin monopolios, hay competencia entre los individuos y, mediante la ley de oferta y demanda, se vende el mayor número de bienes al mejor precio posible.

En Hispanoamérica el decaimiento del mercantilismo coincidió con la disminución de la producción de plata y oro. De igual modo, el advenimiento del libre comercio coincidió con el creciente poder económico de los criollos de esas regiones que habían desarrollado un sistema agrícola debido principalmente a la escasez de metales preciosos. Como Picón-Salas dice: “Será precisamente en los países agrícolas que, como Argentina, Venezuela y Chile, han alcanzado próspero desarrollo en la segunda mitad de esa centuria (siglo XVIII) —más que en los ricos virreinos de México y Perú, centros de una vieja economía minera y más unidos a España por el aparato burocrático y la poderosa clase nobiliaria— donde la chispa insurgente prenderá con mayor violencia”¹⁵.

A pesar de que algunas de las obras de Bello durante el período de Caracas demuestran sumisión al orden colonial, siempre aboga —incluso en sus escritos oficiales, como la carta dirigida al rey en 1808— por la necesidad de facilitar el comercio entre Venezuela y las colonias británicas. En el *Resumen de la Historia de Venezuela*, publicado en Caracas en 1810,

¹⁵ Mariano Picón-Salas, *A Cultural History of Spanish America: From Conquest to Independence*, Bekerley y Los Angeles, 1962. Respecto a la influencia directa de Adam Smith en España e Hispanoamérica, véase Picón-Salas, *ibid.*, p. 168. “Tanto los racionalistas españoles como hispanoamericanos hacia fines del siglo tomaban importantes esquemas de la obra *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith, que constituía una especie de Biblia del nuevo período (...) conocida por personas tales como Cabarrús y Campomanes; esta obra inglesa tuvo gran éxito en España debido a una traducción publicada por Carlos Martínez de Irujo en Madrid en 1792, realizada a partir de un Resumen Francés escrito por el Marqués de Condorcet”.

Bello elogia el libre comercio que habían tenido las colonias luego de la “Ley de libertad del comercio” de 1774: “No sólo la Madre Patria vio con placer fomentarse esta interesante porción de sus dominios, sino que hasta las naciones extranjeras gozaron legalmente de las ventajas de la libertad mercantil de Venezuela, sin que ella tuviese que sufrir los gravámenes del monopolio clandestino en que la tuvo la Holanda en los primeros tiempos de su establecimiento. El residuo de los alimentos que ofrecía este suelo feraz a sus moradores, pasaba a alimentar las islas vecinas, y bajo las más sabias condiciones salían nuestros buques cargados de ganados, frutos y granos, para traer en retorno, instrumentos, y brazos con que fomentar nuestra agricultura”¹⁶.

Bello posteriormente cambiaría su actitud con respecto a España y al sistema colonial, pero incluso en las horas más oscuras de la lucha por la independencia —cuando reinaba la “leyenda negra” del período colonial— Bello elevaría su voz para defender ciertos valores que habían prevalecido durante los años anteriores a la independencia. En *El Repertorio Americano* Bello dice: “No tenemos la menor inclinación a vituperar la Conquista. Atroz o no atroz, a ella debemos el origen de nuestros derechos y de nuestra existencia, y mediante ella vino a nuestro suelo aquella parte de la civilización europea que pudo pasar por el tamiz de las preocupaciones y la tiranía de España”¹⁷.

“Aquella parte de la civilización europea”: se refiere, Bello, entre otras cosas al Ensayo de Locke y a su Segundo Tratado, a los *Principios* de Newton y a *La Riqueza de las Naciones* de Smith. La Ilustración había ofrecido a Hispanoamérica una epistemología, un método, un sistema político y económico que con el tiempo ayudarían a desafiar los centros que habían prevalecido durante el período colonial. La vida y obra de Bello constituyen una búsqueda de la identidad cultural de Hispanoamérica por medio de las herramientas que le había proporcionado la Ilustración.

Es un hecho bastante conocido que la influencia de Bello en el continente y especialmente en Chile fue enorme. A pesar de esto, su espíritu empírico y tolerante —el temperamento del intelectual de la Ilustración— probablemente ha permanecido más bien como un producto aislado en estas tierras a menudo desgarradas por la violencia y el fanatismo. □

¹⁶ Andrés Bello, *Resumen de la historia de Venezuela*, en *Obras Completas XIX, Temas de historia y geografía*, Caracas, 1957, p. 53.

¹⁷ Andrés Bello, “Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV”, en *El Repertorio Americano*, III, Londres, 1827, p. 191.